



Año XI

Ponce, Puerto Rico, Octubre 10, 1922

Núm. 7



Clase de Verano de Kindergarten de la Iglesia de la Marina, Mayaguez. Las jóvenes del grupo representan cuatro denominaciones como sigue: presbiteriana, bautista, luterana y cristiana.



## Para los Niños

### COMO PERROS Y GATOS.

Por Abelardo M. Díaz Morales.

(Dedicado a mis queridos sobrinitos  
Amelia, Poldín y Juanito Díaz.)

Así decimos cuando queremos dar a entender que dos o más personas riñen a menudo o se odian mortalmente.

La gente suele exclamar: "Este matrimonio vive como perros y gatos. El maestro y sus discípulos se tratan como perros y gatos. Los capitalistas y los obreros se llevan como perros y gatos....."

Y al oír tales exclamaciones, inmediatamente nuestra memoria se llena de ladridos furiosos y maullidos horribles, de mordiscos y arañazos sangrantes, de embestidas y fugas que nos producen terror o lástima. En seguida pensamos en un perpetuo estado de guerra que creemos existente entre la raza canina, casi siempre vencedora, y la raza felina naturalmente casi siempre vencida. Perros y gatos son como el agua y el fuego, Roma y Cartago, Napoleón y Wellington, griegos y turcos, españoles y moros.

Pero opino que incurrimos en un gravísimo error en pensar así. Pecamos de muy ligeros en el juicio y de algo calumniadores en las palabras. Debemos ser justos con todos los hombres, y también con los animales. Vindiquemos, pues, a los perros y los gatos.

No niego que las relaciones entre la fiera domesticada de los largos dientes afilados y la otra fiera domesticada de las largas uñas no menos afiladas no son muy cordiales. Por un traguito de leche unas veces, por una piltrafa otras, por un hueso casi pelado las más y por cualquier insignificancia arman con frecuencia la de San Quintín. Y sus coléricos gritos y su endiablada esgrima, que no tiene que envidiar a la francesa, interrumpen la conversación de la visita, la tranquilidad de la casa y hasta la digestión del almuerzo o de la comida.

Confesemos francamente que estas cosas no debieran pasar en ninguna parte, y especialmente por seres ya civilizados por el largo contacto con el hombre y que viven bajo el mismo techo, participan de las mismas caricias o de los mismos atropellos, comen de la misma mesa y se acuestan sobre el mismo piso.

Pero ¿acaso estas continuas peleas y este odio mortal no son el producto del mal ejemplo del hombre o de la intervención de este en la vida de los perros y los gatos, provocando adrede sus conflictos y agriando así cada vez más sus relaciones? ¿No hemos visto muchas veces a los hombres azuzando a los perros contra los perros y a éstos contra los gatos?

Cómo se regocija el inmerecidamente llamado rey de la creación en producir y acrecentar el desorden en la misma, echando a pelear al hombre con el hombre (los juegos gladiatorios en Roma y el boxeo en los Estados Unidos), al hombre con los animales (la corrida de toros en España) y a los animales con los animales (la pelea de gallos en Puerto Rico.)

Me inclino a creer que los animales no se odiarían o

atacarían tanto, a no ser por la perniciosa influencia que sobre ellos ejerce el hombre que los corrompe.

Recientemente he podido observar como se llevan los animales en su infancia. En la casa de mi querido hermano Leopoldo en Toa Alta hay un perrito goloso y bravucón y unos cuantos gatitos recién nacidos, los cuales se pasaban gran parte del día jugando como si fuesen hermanitos de veras. Varias veces noté con profundo interés y gratísima sorpresa que los confiados gatitos se acostaban al lado de su juguetón amigo y quedábanse tan tranquilamente dormidos, cual si estuviesen reposando sobre el caliente seno de la amorosa madre.

¡Ojalá que como perros y gatos, como el perrito y los gatitos de que hablo, se llevaran las razas con las razas, las naciones con las naciones, las familias con las familias, los ricos con los pobres y estos con aquellos, los esposos con las esposas, los hermanos con los hermanos!

Entonces no habría guerras internacionales ni civiles en los pueblos, huelgas en las fábricas y en las minas, divorcios en los matrimonios, riñas en las familias. No se necesitarían la Liga de las Naciones de Wilson, la Conferencia del Desarme propuesta por Harding, la Conferencia Económica de Génova, el Tribunal de la Paz en la Haya, comités de arbitraje, leyes restrictivas del divorcio ni consejos a los niños para que se amen y ayuden en la casa, en la escuela, en la calle, en el juego, en el trabajo y en la caridad.

### LA ROSA Y LA ZARZA.

Murmuraba impaciente  
Una rosa naciente  
Del cautiverio duro que sufría,  
Porque una zarza espesa la tenía  
Con sus punzantes vástagos cercada.  
—Yo—sin cesar decía,—  
Yo no disfruto aquí ni sé de nada:  
Sin un rayo de sol, tasado el aire,  
Desperdicio, de todos ignorada,  
Y entre espinas incómodas reclusa,  
Mi fragancia, colores y donaire.—  
La zarza respondió:—Joven ilusa,  
Tu previsión escasa,  
Del bien que te hago, sin razón me acusa.  
Bajo mis ramas a cubierto vives  
Del sol canicular que nos abrasa;  
El golpe no recibes  
Del granizo cruel que nos deshoja;  
Y ese muro de espinas que te enoja,  
Defiende tu hermosura  
De que una mano rústica la coja—  
La flor entonces, de despecho roja,  
—Malhaya—replicó—la ruin cordura,  
Que de riesgos que no hay, tiembla y se apura  
No fué la maldición echada en vano.  
A los pocos momentos un villano  
Llega con la cortante podadera:  
La despiadada mano  
Descarga en el zarzal; hiere, destroza,  
Y tan completamente me le roza,  
Que ni un retoño le dejó siquiera.  
Poco de la catástrofe se duele,  
Persuadida la rosa de que gana,  
Quedándose sin aya que la cele.  
Descanse en paz la rígida guardiana.